

FERNANDO GABRIEL MARTÍN RODRÍGUEZ

Semblanza y anecdotario de un arrebatado catedrático de Historia del Cine

Hablar de otra persona no es fácil, pero tratándose de Fernando Gabriel Martín Rodríguez, menos aún. Es difícil describir con palabras todos los recuerdos y sensaciones que se han ido acumulando a lo largo de tantos años compartidos. A Fernando lo conocí primero como profesor, luego fuimos compañeros de trabajo y pronto nos convertimos en buenos amigos. Más tarde formamos —creo— un buen equipo llevando las riendas del Departamento de Historia del Arte durante —nada menos que— seis años, y a lo largo de todo ese tiempo fuimos conociéndonos tanto que muchas veces no hacía falta que nos habláramos, pues nos comunicábamos con la mirada, éramos cómplices.

Fernando Gabriel Martín Rodríguez ha sido profesor de la Universidad de La Laguna desde 1971 y Catedrático de Historia del Cine y Medios Audiovisuales a partir de 1995, uno de los primeros de este país. Fue coordinador del Proyecto de Ley del Patrimonio Cultural de Canarias y miembro de la Comisión Regional de Patrimonio Histórico. Ex-crítico de cine del periódico *El Día* (1976-1978), miembro fundador del Colectivo Cinematográfico Yaiza Borges, jurado en varios Festivales de Cine nacionales e internacionales, miembro del comité de redacción de las revistas de cine *Rosebud* y *Latente*...

Sus trabajos de investigación y publicaciones han abarcado básicamente los terrenos de la arquitectura, el patrimonio cultural y la historia del cine, aunque eso no es óbice para que no haya tratado otros aspectos de la Historia del Arte en Canarias, como la pintura, caso de los artículos que le dedicó a Juan de Miranda publicados en la *Revista de Historia Canaria* en 1978, o a las decoraciones del salón de actos del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife que bajo el título *Poder y alegoría. El Salón de Actos del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife* redactó para el libro-homenaje al profesor Trujillo Rodríguez y que publicó el Cabildo Insular de Tenerife en 1982. También el arte flamenco ha sido objeto de estudio por parte de Fernando Martín, tal y como lo observamos en su participación en el libro *Arte Flamenco en la isla de La Palma* (junio-julio 1985), Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1985, etc.

Ha dirigido varias memorias de licenciatura y tesis doctorales, intervenido en congresos y organizado exposiciones sobre estos temas. Fruto de dos de sus pasiones



—el cine y el patrimonio cultural—, fue su presencia como jurado en el I Festival Internacional de Cine y Patrimonio, que se celebró en Murcia entre los días 31 de mayo al 6 de junio de 2009. Son innumerables los artículos que respecto a estos temas ha publicado, y lo mismo acontece con los libros. No es nuestra intención hacer un catálogo exhaustivo de todas sus publicaciones, pero sí queremos destacar aquellas que hemos considerado más relevantes. Así, destacamos su *Arquitectura doméstica canaria* (1978, 1981), su Tesis Doctoral que mereció en su momento la calificación de *Sobresaliente summa cum Laude*, por parte del tribunal reunido al efecto, y del que ya se han publicado dos ediciones. Nuestra arquitectura tradicional y su defensa ha sido uno de sus grandes «caballos de batalla»; el título del artículo que redactó para el libro-homenaje al profesor José Pérez Vidal titulado *Cultura e identidad. La arquitectura tradicional acorralada*, publicado por el Cabildo Insular de La Palma, dice mucho de su lucha en este sentido, y lo dejó muy claro en el propio título. Porque así es como él entiende —entendemos— que nuestra arquitectura doméstica, tanto rural como urbana, debe sentirse: acorralada e indefensa.

Pero hay un libro que cuando salió a la luz fue decisivo, me refiero a *La primera imagen de Canarias. Los dibujos de Leonardo Torriani* (Santa Cruz de Tenerife, 1986), publicado por el Colegio Oficial Arquitectos de Canarias (COAC). Con este libro Fernando Martín ofrece una nueva lectura, más ajustada, de la figura de este cremonés, nacido en 1559. Pero a Fernando —al margen de la información que todos conocemos relacionada con el nombramiento de Torriani como ingeniero de Felipe II en 1584, y las visitas que hizo a todas las fortificaciones del Archipiélago— le interesa el hombre, el humanista, el diseñador, el artista..., ese hombre que dedicó su vida a trabajar para la monarquía española. Y así nos presenta al Leonardo Torriani humanista, el prototipo del hombre del Renacimiento; y por él conocemos al hombre que fue, enseñándonos sus mapas y diseños sobre las islas que por primera vez están reproducidos en color. Para poder hacerlo, se trasladó a Coimbra, en cuya Biblioteca Antiga se conserva una obra fundamental para la historia de Canarias (hoy depositada en la Biblioteca General de la Universidad), el manuscrito de Torriani; ese original donde plasmó la descripción histórica y geográfica de las islas y el estudio de sus fortificaciones. Y en la propia biblioteca universitaria procedió a la catalogación y fotografía de los dibujos, directamente del manuscrito original. El resultado, este fantástico trabajo de investigación que nos permite conocer no sólo al ingeniero sino al humanista que fue Leonardo Torriani.

En 1994, un año antes de que se celebraran los 100 años de vida del Cine, comisaría la exposición de fotografía y cine *La imagen congelada*. El material que se exhibe es parte del impresionante archivo fotográfico, contenido en una de las colecciones privadas mejores de Europa, la del grancanario Andrés Padrón Morales. Se trata de una de las primeras muestras que dedicada al cine se hizo en Canarias, y Fernando Martín en el prólogo del catálogo *Como hermanos* señala cual fue el motivo que propició esta «aventura tan excitante y formativa», escribiendo que cuando el proyecto se inició «se partía de un principio muy claro: la contradicción, aparente, entre un medio como el cine que se expresa por medio de imágenes en movimiento, también aparente e ilusorio, y su necesidad de utilizar las imágenes fijas, congeladas, de la fotografía como sistema publicitario preferente que a su vez



inspira otras maneras de promocionar una película». Una exposición pionera que abrirá interesantes expectativas para el futuro, en el sentido de la recuperación de otras imágenes celosamente guardadas por sus dueños en sus colecciones privadas.

Pero si pionera fue esta exposición, no menos importante lo fue la publicación que salió al año siguiente: *Santa Cruz de La Palma: la ciudad renacentista* (Cepssa, Madrid, 1995), un libro de importancia capital para el estudio del Arte del Renacimiento en Canarias, pues por primera vez no se veía a las Islas como algo residual dentro del fenómeno renacentista, sino como una pieza capital dentro del desarrollo artístico del momento. Como señala el propio autor en el prólogo: «El libro habla sobre la ciudad ideada por los europeos que la fundaron. De los símbolos que conformaron su identidad. Del espacio en que vivieron y cómo lo organizaron. De cómo se gobernaron y qué problemas políticos tuvieron que solucionar. De cómo se originó su peculiar sociedad gestada en un dinámico y cerrado cruce multinacional. De sus costumbres, aspiraciones y creaciones culturales. De sus creencias y advocaciones religiosas. De sus fundaciones en la vida para la muerte asegurando la trascendencia del alma. De cómo reconstruyeron su ciudad tras una ocupación deshonrosa. De los nuevos signos culturales que pretenden definir una ciudad humanista y moderna. De su preocupación por defenderse del exterior y los programas de fortificación que planearon. De la riqueza que le da el comercio, de sus recursos económicos, del mar como hilo umbilical con el mundo y de su puerto como base fundamental para las comunicaciones». El Arte del Renacimiento ha sido —y es— otra de sus grandes pasiones, de modo que, ya en 1980, había presentado en los IV Coloquios de Historia Canario-americana, celebrados en Las Palmas de Gran Canaria, una ponencia titulada *Un programa iconográfico renacentista. La fachada de las Casas Consistoriales de Santa Cruz de La Palma*, donde estudió magistralmente toda la rica iconografía que se hace presente en su frontis. Fruto de este trabajo, fueron sendas conferencias impartidas en la capital palmera sobre *Arquitectura y política en Santa Cruz de La Palma en el siglo XVI*. Estos ensayos son cruciales para el estudio sobre el Renacimiento en Canarias, habida cuenta de que otras edificaciones renacentistas no han llegado a nuestros días, caso del Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, edificio que fue objeto de la ponencia que presentó en el III Coloquio de Historia canario-americana, celebrado en la capital grancanaria en 1978.

Junto a Benito Fernández Arozena, escribió *Ciudadano Rivero. La Rivero Film y el cine mudo en Canarias* (Alba Ed., S.L., Barcelona, 1997). Pero una de sus grandes pasiones ha sido la investigación, a la que se ha dedicado desde los años 90 en adelante: Luis Buñuel y el surrealismo. Fruto de ello es su libro *El ermitaño errante. Buñuel en Estados Unidos*, publicado por la Filmoteca de Murcia en 2010. Un libro que, con rigor y veracidad, reconstruye y analiza el período más oscuro de la trayectoria de Buñuel en Estados Unidos, ofreciéndonos numerosos datos inéditos —documentales y fotográficos— localizados en varios archivos tanto norteamericanos como europeos. Una obra que le llevó varios años de ingente recopilación de datos, en la Península, Europa y Estados Unidos.

Uno de sus últimos trabajos ha sido su colaboración en la colección de Historia Cultural del Arte en Canarias, concretamente el tomo X, donde nuevamente volvió a deleitarnos con el magnífico estudio que hizo de *El cine en Canarias*



(1896-2010). Con su amena prosa nos habla de la llegada del cinematógrafo a las Islas, las primeras exhibiciones gracias a empresarios de la talla de Miguel Brito, o la conversión de Canarias en plató cinematográfico por obra de profesionales tanto europeos como americanos —fenómeno que en estos últimos años ha vuelto a tomar una fuerza inusitada—; de hecho estos días estamos asistiendo a la exhibición de la segunda parte de *Furia de Titanes*, titulada *Ira de Titanes*, rodada en diferentes localizaciones de las islas de Tenerife y La Gomera.

No cabe la menor duda de que Fernando Gabriel ha sido el gran impulsor y defensor de los estudios de Historia del Cine en la Universidad de La Laguna, al ponerse en marcha el nuevo plan docente en 1976. En aquellos momentos sólo se impartía una asignatura: *Historia del Cine*, que con el paso del tiempo y al implantarse el nuevo plan de estudios en 1994, se convirtieron en muchas más: *Historia del cine I, II y III*, *Teoría del cine*, *Lenguaje cinematográfico*, *Historia del cine español...* Y todo lo que ello conlleva: docencia, investigación y formación de nuevos profesionales de la Historia del cine en general, y del Cine en Canarias en particular. Su presencia en numerosos foros dedicados a la cinematografía, presencia en congresos nacionales y extranjeros, simposios, jurado en certámenes cinematográficos —tanto en las Islas como en la Península—, tribunales de tesinas y tesis..., han convertido a Fernando Gabriel Martín en un referente de los estudios dedicados al cine. Toda esta «siembra» tenía necesariamente que dar sus frutos, como así ha sido; sólo hay que ver las numerosas tesinas y tesis que dedicadas al Séptimo Arte se han leído —y se leerán— en el seno de nuestro departamento.

Recuerdo con especial cariño aquellas primeras clases de cine —pertenezco a la primera promoción de historiadores del arte— recién estrenado el nuevo plan de estudios, donde para las proyecciones cinematográficas debíamos hacer «excursiones» hasta el cercano colegio de las monjas dominicas —hoy el Departamento de Historia del Arte cuenta con una moderna aula de audiovisuales— y allí, entre su oratoria y las imágenes, conseguíamos traspasar la pantalla y meternos al otro lado del espejo, convirtiéndonos en protagonistas de aquellas películas fascinantemente explicadas.

Pero Fernando no sólo nos regaló su amor por el cine, sino que nos transmitió su fascinación por el Arte con mayúsculas. Su manera de explicar las obras de arte en el aula, la pasión de su oratoria y el entusiasmo que nos transmitía en todo lo que nos contaba —porque él no da lecciones magistrales, él transmite sensaciones y sentimientos— hacía que los alumnos se olvidaran de escribir y quedaran como hipnotizados escuchándolo. Cuando entraba en la aula y comenzaba a lanzar «chorros de frases y palabras que le salían a borbotones», era tal el poder de seducción que, como si fueran imanes, te atrapaban ¡a velocidad de vértigo! Podías cerrar los ojos y ver perfectamente, sólo oyéndolo, las imágenes o las escenas —si se trataba de un film— que estaba explicando. Tal era —y es— la pasión que transmite cuando habla. Y eso sólo lo consigue alguien que ama profundamente lo que hace o aquello que ha elegido como su profesión. Pero es que ese mismo entusiasmo lo transmite en cualquiera de los cursos, ponencias o conferencias que ha dictado; baste preguntar a cualquiera que haya sido alumno suyo, desde sus comienzos hasta sus últimas clases durante el curso académico 2010-2011. Se les ilumina la cara cuando recuerdan lo que disfrutaban de sus explicaciones; porque en el aula, no sólo se hablaba de Arte, ¡todo tenía cabida!



Mi promoción fue muy afortunada, pues tuvimos la fortuna de viajar por todas las islas dentro de la asignatura de Arte Canario; asignatura que se impartía en 4º curso de carrera. Y aunque Fernando Martín no era su profesor titular, con frecuencia solía sumarse a las salidas de campo que organizaba el responsable de la misma, el profesor Domingo Martínez de la Peña. En esos viajes nos divertíamos pero también aprendíamos. Aprendimos a conocer el arte que había llegado a las islas, y a apreciar cómo esas obras foráneas influyeron en los maestros locales. Gracias a esas visitas y a sus explicaciones entrábamos en contacto directo con la obra de arte, y al conocerla, también aprendimos a amarla y a defenderla; desde la más humilde ermita hasta la iglesia más rica.

Fernando siempre ha sido un gran defensor de la Cultura y el Patrimonio —en su concepto más amplio—, porque si no conocemos lo que tenemos y nos rodea, todo lo que hemos heredado, difícilmente podremos quererlo y en consecuencia defenderlo. Ese patrimonio que a «algunos» parece avergonzar, confabulándose para hacerlo desaparecer con la mayor rapidez posible, quizás por no tener —al parecer— la prestancia de una gran catedral gótica o la fuerza de un Bernini. En esas salidas de campo, Fernando era igual de vehemente que en sus clases en el aula. Recuerdo de forma especial aquella visita que hicimos a Gran Canaria, alojándonos en Tafira, en la casa que entre cultivos de viñedos era propiedad de una de las compañeras de clase. O los días que compartimos en Masca; en aquella ocasión sólo éramos 6 alumnos y dos profesores, Domingo Martínez de la Peña y Fernando Martín. Todavía recuerdo el frío intenso de las noches de Masca, durmiendo sobre esterillas, sobre aquel suelo tan duro como la piedra de la que estaba construida la casita que el alcalde Pérez nos prestó; los potajes amasados con gofio —duro como el cemento— y las caminatas por los barrancos. En Masca conocimos a dos ancianas que nos recitaron el romance del Chinyero —que intentamos escribir con la misma rapidez con la que ellas hablaban, pues no querían que las grabásemos—, y todavía me parece estar viendo la cara de fascinación de Fernando y de todos nosotros cuando ellas hablaban, y nos contaban sus vivencias de la erupción volcánica, porque esas mujeres eran historia viva; o aquel gallego que se quedó tan prendado del caserío que terminó por quedarse a vivir en él, y que una tarde nos invitó a merendar leche de cabra recién ordeñada y galletas; detalle que a Fernando entusiasmó, pues le encanta disfrutar de esas pequeñas cosas, que en los tiempos que corren se han convertido en todo un lujo.

En esos viajes, el contacto con las obras de arte, y sobre todo comprobar in situ lo maltratado que nuestro patrimonio histórico-artístico estaba, hizo nacer en muchos de nosotros —si cabe aún mucho más— el amor que hacía el Arte sentíamos, porque eso era lo que él nos transmitía en todas sus intervenciones. Sus acaloradas defensas del Patrimonio Cultural, su lucha por salvar de la piqueta la casa del muelle del Puerto de la Cruz, su oposición a la desaparición del cine Víctor, Chimisay, Timanfaya... la impotencia compartida durante tantos años, viendo cómo cada vez iba quedando menos de historia y las islas se llenaban de asfalto y cemento.

He tenido la suerte de compartir muchas experiencias con Fernando Martín, tanto docentes como profesionales. Con especial cariño recuerdo cuando el que fuera alcalde del Puerto de la Cruz, Francisco J. Afonso Carrillo, nos encargó en 1980





la redacción del inventario del Patrimonio Arquitectónico de la ciudad. Visitamos la mayoría de las casas históricas, y en todas, las puertas se nos abrieron de par en par. Los vecinos acababan «enamorados» de Fernando, porque lo que ellos veían como defectos de sus viejas casonas, Fernando se lo transformaba en virtudes. Y su cara de asombro cuando nos encontrábamos con sorpresas tan agradables como un techo de madera decorado, fantásticas escaleras, corredores, o patios maravillosos encerrados tras las sencillas paredes de una casita terrera no tiene precio. Siempre procuraba dejar para la última hora de la tarde aquellas casonas que tuvieran azotea, pues le encantaba rematar la faena contemplando la puesta de sol y el Teide naranja de esas tardes otoñales del Puerto, a ser posible cerca del muelle. No obstante, ese inventario que con tanto cariño hicimos también nos deparó algún que otro disgusto. A lo largo de los años nos hemos preguntado muchas veces si hicimos bien, o si sólo sirvió para que quedara constancia gráfica y en papel de lo que había para, a continuación y nada más acabar el encargo, esas casonas históricas comenzaran a morir, cayendo una tras otra bajo la piqueta Y a pesar de lo mucho que batallamos no conseguimos pararlo... Era durísimo compartir esa «frustración» y la impotencia de ver cómo nuestro patrimonio arquitectónico desaparecía, y cómo el Puerto de la Cruz iba perdiendo —poco a poco— toda su esencia, ese legado arquitectónico que lo había convertido en una de las ciudades más señoriales del Archipiélago por mor de una especulación y un turismo de masas mal entendido. Ésa es otra de las pasiones de Fernando, su amor por la arquitectura canaria. Fruto de ello es su ya citada Tesis Doctoral sobre la *arquitectura doméstica canaria*, de obligada consulta para cualquiera —estudioso o profano— que se acerque a este atractivo mundo. O su coautoría en la *Guía de Arquitectura de Gran Canaria*, publicada en 2005.

Durante su trayectoria como director del Departamento de Historia del Arte, tuvo que «lidiar» con problemas tan graves como la restauración de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife. Cuántos disgustos, y cuántas reuniones precipitadas de departamento, alarmados por los acontecimientos. Aquellas largas reuniones, convocando a todos los compañeros a golpe de teléfono, aunque fuera domingo... pero era gratificante comprobar cómo todos estábamos en el mismo barco.

Pero, sin duda, una de las grandes pasiones de Fernando ha sido la docencia. Como docente conseguía dejarte atrapado en la silla del aula, no deseando que sus clases terminaran nunca. Aunque cuando se enfadaba, también «podía arder Troya».... Tuve la suerte de compartir con él, el viaje de Fin de Carrera que los alumnos de 5º de Historia del Arte, de la promoción 89-94, hicieron a Italia. La preparación de las rutas, para que nada se quedara sin visitar. Las reuniones con los alumnos en el hall del hotel, todas las noches, para explicarles el plan del día siguiente y aprovechar para compartir todas las sensaciones vividas. Todas las noches llegábamos roncos al hotel, pues durante todo el día, desde que nos levantábamos a las 7 de la mañana, hasta las tantas que llegábamos por la noche, no parábamos de hablar, y hablar... Si atrayente era escucharlo en el aula, en «vivo y en directo», delante de Miguel Ángel, Rafael, Caravaggio —una de nuestras pasiones compartidas—, Borromini, Bernini... era olvidarte que estabas en el siglo xx y hacer un viaje virtual a la Roma del siglo XVI-XVII. Y la llegada a Florencia —alargando tanto la ruta por carretera,

que lo alumnos se preguntaban si íbamos a llegar algún día— porque queríamos sorprenderlos llegando con la puesta de sol sobre el Arno. Era tal la pasión que ponía en todo, que parecía que en alguna esquina íbamos a tropezarnos con Donatello, Verrocchio, Leonardo o Lorenzo de Médici, así lo vivía él, y así nos lo hacía vivir a los que con él compartimos esa maravillosa experiencia. Llevamos a los alumnos por todos los rincones que habían soñado durante las clases en el aula, y que ahora tenían la fortuna de contemplar, sin necesidad de soñar. En Roma recuerdo —como una pesadilla— la ola de calor y cómo todos —con Fernando al frente— íbamos pegados a los muros a lo largo de aquella larga vía Apia en dirección a la catacumba de San Calixto, y su cara mezcla de decepción e impotencia cuando, tras la dura caminata, y tras haber llegado a la catacumba, nos comunican que iban a cerrar; sin embargo, al final, nuestras —sus súplicas— hicieron que se compadeciesen de nosotros y nos permitieran la entrada.

Sin duda, lo más reconfortante eran las visitas a las villas, como villa d'Este en Tívoli, porque después de dejarnos arrastrar por sus colecciones artísticas, podíamos disfrutar de los jardines y fuentes sin el agobio de la visita, soñar con las puestas de sol y esperar a que cerraran y nos echaran a la calle. En esas clases Fernando era el guía, el profesor, hasta el conductor de la guagua, pues mapa en ristre se situaba al lado del guaguero para guiarlo por la carretera. Consiguió —incluso— que el conductor se convirtiera en uno más del grupo, primero como observador, luego tímidamente interviniendo en nuestros debates y finalmente participando como uno más en nuestras «discusiones» artísticas. En palabras del propio Fernando: fue un viaje maravilloso! Fue tanta la complicidad que se creó entre el conductor y nosotros que con frecuencia nos salíamos de la ruta preestablecida y metía la guagua por donde fuera —siempre y cuando cupiera, como él decía—. Unos años más tarde vino de visita a Tenerife, y llamó al departamento, reencontrándose con muchos de nosotros. Como nos dijo el último día ya en Barcelona, él nunca había tenido un grupo como el nuestro, y en muy pocas ocasiones había disfrutado tanto conduciendo una guagua. Y es que quienes lo conocemos y queremos, lo sabemos bien: Fernando no deja indiferente a nadie.

Su brillante currículum es para sentirse orgulloso, pero no sólo él, que siempre ha sido muy humilde al respecto, sino todos nosotros, por haber podido compartir con una persona de su valía, tantos momentos de su carrera y de su vida. Gracias, Fernando, por haberlo hecho posible, por enseñarnos que por encima de todo están las personas y el propio compromiso con las ideas, con el arte y con la vida.

Clementina CALERO RUIZ
Dep. Hª del Arte . Universidad de La Laguna